Thomas Piketty

Estudiantes de secundaria y universidad: el crepúsculo del macronismo

Blog del autor, 20 de octubre de 2026.

El actual movimiento de institutos y estudiantes señala el ocaso del Macronismo. Los jóvenes piden una cosa sencilla: los medios para formarse y acceder a estudios de calidad. Al hacerlo, la movilización actual señala lo que es, sin duda, el fracaso más evidente del gobierno actual: una reducción catastrófica y sin precedentes del presupuesto por estudiante del 20% desde 2017.

Con buena dosis de mala fe, el gobierno a veces se encuentra presumiendo que el presupuesto nominal para la educación superior ha aumentado de 13,3 a 15,5 mil millones de euros entre 2017 y 2026 (+17%). Esto es cierto, salvo que la inflación ha sido del 22% en el mismo periodo, por lo que el presupuesto en realidad ha disminuido un 5% en términos reales. Sumemos que el número de estudiantes ha crecido de 2,6 millones a más de 3 millones, un aumento del 15%. Conclusión: el presupuesto por estudiante ha caído aproximadamente un 20%, como se muestra de forma transparente los datos publicados en línea por Lucas Chancel.

En términos concretos, esto significa que cientos de miles de jóvenes han trabajado duro para obtener su grado, pero que no se ha planificado nada para acogerles en la educación superior. En particular, el número de titulares de bachilleratos tecnológicos y vocacionales ha aumentado considerablemente, pero las plazas en las IUT y BTS no han seguido el ritmo, de modo que muchos se ven asignados a cursos universitarios superpoblados y más baratos —y a menudo totalmente inadecuados para sus necesidades y aspiraciones. El desperdicio humano y económico es gigantesco y da testimonio de una ideología profundamente desigual y jerárquica del mundo. Para los macronianos, la prosperidad de las naciones depende de una ultra-minoría de brillantes innovadores y líderes de la cuerda: a los demás se les pide que esperen sabiamente a que las riquezas lleguen a su camino.

La guinda del pastel: la escasez de plazas en la educación superior se ha gestionado con la mayor opacidad posible con un algoritmo incomprensible (Parcoursup), a pesar de las repetidas peticiones de estudiantes, familias, profesores e investigadores para cambiar el sistema. Todo esto en un contexto marcado por el fiasco de la reforma blanqueriana del bachillerato en 2019 (con elecciones cada vez más complejas e impredecibles de cursos para futuras orientaciones y horarios con lagunas) y por desigualdades estructurales entre territorios.

El trabajo realizado por Asma Benhenda sobre la base de los informes nacionales de nóminas educativas muestra que la proporción de profesores contratados o de nivel inicial es apenas del 10% en las zonas más favorecidas (París, Hauts-de-Seine) y alcanza el 50% en los departamentos más pobres (Seine-Saint-Denis, Val-De-Marne). Al final, el salario medio por profesor de

secundaria es aproximadamente un 20% inferior en las zonas más pobres que en las más ricas, incluso teniendo en cuenta los (escasos) bonos pagados en la educación prioritaria.

Cuando el Ministro de Educación recorre el set declarando que Seine-Saint-Denis está mejor preparado que París, teniendo en cuenta solo el tamaño de las clases y simplemente ignorando las diferencias en los salarios de los profesores, no está haciendo justicia a su función. La realidad es que los territorios desfavorecidos tienen clases (ligeramente) menos concurridas y profesores (mucho) menos formados y experimentados. No es en absoluto seguro que se beneficien del cambio.

Para justificar la insuficiencia de los recursos educativos, y en particular la caída del gasto por estudiante, el gobierno en funciones y sus partidarios explican que Francia no tiene medios para invertir más. Al hacerlo, cometen un doble error de razonamiento. La deuda pública ciertamente ha subido del 20% del PIB en 1970 al 120% actual. Pero al mismo tiempo, la riqueza privada ha aumentado mucho más bruscamente: ha subido del 300% al 600% del PIB, con una concentración extrema entre las mayores fortunas financieras. En otras palabras, la riqueza nacional de Francia —la suma de la riqueza pública y privada, tras deducir deudas privadas y públicas— nunca ha sido tan alta, no solo en términos absolutos sino también como porcentaje del PIB (que nunca ha sido tan alto).

En resumen, Francia nunca ha sido tan rica: el problema que tenemos que resolver es solo una cuestión de distribución. La situación era mucho más difícil en 1945, cuando la deuda pública era aún mayor que hoy y cuando los activos privados se agotaban. Esto no impidió la implantación de un impuesto nacional de solidaridad (ISN) con tipos de varias decenas de por ciento sobre los activos más altos, que hoy podría aportar mucho más dinero. Quienes repiten una y otra vez que no hay nada sustancial que esperar de este lado están decididamente muy enfadados con la aritmética, tanto como con la historia.

El segundo error es aún más grave. Todo el mundo sabe que el gasto en educación y sanidad crecerá más rápido que el PIB en las próximas décadas. Pero, curiosamente, algunos parecen imaginar que esto sería más efectivo si se hiciera con el gasto privado. Sin embargo, todos los elementos históricos y comparativos a nuestro alcance sugieren, en contra, que los sectores públicos, asociativo y sin ánimo de lucro producen mejores resultados que la lógica capitalista clásica en muchos sectores, y en particular en educación y salud. Reinvertir hoy en estos sectores no es simplemente una cuestión de igualdad entre territorios y clases sociales. También es un tema central avanzar más hacia la desmercantilización y desmaterialización gradual de la economía, y más allá construir otro modelo de desarrollo. Esperemos que la movilización actual contribuya a situar estos temas en el centro de las próximas elecciones.